SENDIC, GORRIARAN MERLO, GABEIRA

20 AÑOS DESPUES

Raúl Sendic en el Uruguay, Enrique Gorriarán Merlo en la Argentina y Fernando Gabeira en el Brasil son tres nombres que en los respectivos países se asocian, inequívocamente, al período en que la vía de la lucha armada cobró extraordinario vigor en América latina. En las tres entrevistas que *Página/12* reproduce a continuación aquellos tres hombres, protagonistas de una época, reflexionan desde ópticas diametralmente opuestas sobre el fenómeno de la violencia política.

6

FOLIO

Suplemento de Investigación y Reportajes de **Página/12**

Diseño: Daniel Iglesias

FERNANDO GABEIRA

"HOY MI UNICA ARMA ES LA PALABRA"

Río de Janeiro, 4 (AP). El embajador de los Estados Unidos en Brasil, Charles Burke Elbrick, fue secuestrado hoy en Río de Janeiro. Un portavoz de la embajada ha confirmado la noticia a Associated Press", rezaba un cable de la época. Corría 1970 y hacía seis años que el gobierno populista de Joao Goulart había sido volteado por un golpe militar de derecha. Un rato antes de que las agencias comenzaran a escupir cables y que el presidente Nixon tomara el tema en sus manos, un grupo de jóvenes brasileños del MR-8 (Movimiento Revolucionario 8 de Octubre) —grupo armado surgido después del golpe— transportaron al embajador Elbrick, en una camioneta verde hacia una casa al sur de la ciudad. Uno de ellos, Fernando Gabeira, dejó escapar un suspiro: "¡Dios mío, hemos secuestrado al embajador de los Estados Unidos!" Al poco tiempo, Elbrick fue canjeado por quince presos políticos que salieron rumbo a México.

De regreso en Brasil tras un exilio de casi diez años, el ex periodista y ex guerrillero Gabeira decidió reincidir sólo con el periodismo, actividad a través de la cual se dedicó a formular feroces autocríticas a la experiencia armada del '70. Su *rentrée* incluyó aguijonazos contra el marxismo, ideología que según Gabeira no contempla la existencia "de los negros, los indios, las mujeres". Este actual pacifista y líder del Partido Verde que expone desinhibidamente sus contradicciones ha narrado en alguno de sus libros la impresión existencial que le provocó la cárcel de la dictadura, un shock de donde arrancaron sus nuevas reflexiones: "El enemigo, en cierto sentido, era quien me proporcionaba mi estatura. Si él se encontraba hundido en la prehistoria no era posible que yo tuviera los dos pies plantados en la historia; por otra parte, una división tan cristalina entre el bien y el mal no me merecía mucha confianza". El entrevistador del siguiente reportaje es *Daniel Cohn-Bendit*, el célebre "Dany el rojo" de Mayo del '68.

—Hoy produces una emisión en la televisión, escribes, eres periodista. ¿Cómo te defines?

—Intento escapar a cualquier definición. Intento, de alguna manera, asentarme en una continuidad donde mis armas sean las palabras. ¡Ya sólo utilizo la palabra!

—Hablemos de las armas, de las de verdad. Cuando te veo tan relajado, tan bien integrado en la sociedad brasileña, me cuesta creer que hayas podido enrolarte en la lucha armada. No llego a imaginarte revólver en mano...

—¡Yo tampoco!... Pero en 1964, tras el golpe de Estado que derrocó el régimen del presidente Goulart, la dictadura militar instauró un régimen muy duro, muy represivo. Yo era un joven periodista del *Jornal do Brasil*, y no podíamos ejercer nuestra profesión. Todos nosotros sabíamos que cada día se encarcelaba a gente por razones políticas, que se la torturaba, pero no podíamos decir nada. Y empecé a plantearme preguntas sobre mi futuro: ¿quería convertirme en un tranquilo ejecutivo, con su Volkswagen y su confortable pisito, para seguir ejerciendo un pseudotrabajo de periodista bajo la bota de los militares? No era posible, no podía aceptarlo. Y como no existía otra forma de contestación política que la lucha armada, me enrolé en ella sin calibrar bien, por otra parte, los peligros de tal decisión.

—¿Estabas informado de las realidades de la lucha armada?

—No, muy mal. Leíamos muy poco. Conocíamos el libro de Régis Debray, *Revolución dentro de la revolución*, y estábamos muy influidos por la imagen romántica de la experiencia cubana. Pensamos que sería fácil aplicar a Brasil y a todos los países de América latina el modelo castrista. Y, además, esa idea tenía algo de fascinante...

—¿Estabas también fascinado por la idea de la lucha armada?

—La idea de que nuestro compromiso físico haría triunfar la justicia nos atraía. Estábamos convencidos, ingenua pero sinceramente, de que nos convertiríamos en héroes. Todo el ritual que rodeaba esta decisión era fascinante. Romper completamente con el pasado, abandonar nuestra familia, nuestra casa, cambiar de nombre. Era como en el poema de Federico García Lorca: «Mi casa ya no es mi casa y mi nombre no es mi nombre». Nos uníamos a una sociedad secreta encargada de una misión justa y heroica. Lo encontrábamos fascinante.

—¿Secuestraron a un diplómatico americano?

—Buscábamos un medio de hacer salir de la cárcel a nuestros camaradas, que todos los días corrían peligro de morir torturados. Nuestra elección recayó sobre ese embajador americano,ya que tenía por costumbre pasearse sin escolta. Pero estábamos muy mal organizados y, el día del secuestro, casi nos equivocamos de blanco... ¡y secuestramos al embajador portugués, que no significaba nada para nosotros! Por fortuna, eso no ocurrió.

—¿Cuál fue exactamente tu papel en el secuestro?

—Yo no participé en el secuestro propiamente dicho. Esperaba en la casa donde debíamos retener al prisionero, y era el encargado de hacer llegar los mensajes a los medios y recoger todas las respuestas e informaciones que pudieran sernos útiles.

—¿Ibas armado?

—Todo el tiempo. Llevaba siempre un revólver conmigo.

—¿Crees que habrías sido capaz de matar a aquel embajador?

—Creo que sí.

—¿Habrías podido hacerlo? ¿Ponerle una venda en los ojos y dispararle un tiro en la nuca en nombre de la causa brasileña?

—Pensaba mucho en la escena de una película de época, en la que un revolucionario mejicano ejecutaba a un americano mientras le decía: «Perdóname. Tengo que matarte para demostrar que te quiero mucho». Yo me encontraba en una disposición de ánimo semejante.

—Después del canje del embajador por vuestros amigos prisioneros, ¿qué pasó contigo?

—Tuve que esconderme y sumergirme todavía más en la clandestinidad. Fui a San Pablo para intentar organizar a los obreros de la metalurgia.

—¿Pero ya te buscaban?

—Sí, mucho. Estaba en la clandestinidad total.

—¿Eran muchos en tu organización?

—En San Pablo, cinco militantes, y en todo Brasil doscientos o doscientos cincuenta...

—Es poco para mover a la clase obrera. ¿Cómo te desenvolvías?

—Vivía escondido en una casa de la que casi no salía. La llamábamos «la nevera», porque allí estaba completamente retirado de la circulación. Sólo salía para contactar con mis corresponsales, tomando grandes precauciones. En realidad, pasaba mis días viendo televisión. Fue allí donde comprendí la importancia de la televisión para la imaginación de la gente, el placer que experimentaban mirando las novelas (series populares televisadas). A causa de sus miserables condiciones de vida, esas imágenes de lujo, de comodidad y paz, por ridículas que fueran, les permitían evadirse.

—¿Cuáles eran los resultados concretos de tu trabajo militante?

—Nulos. Debía asumir considerables riesgos cada vez que quería contactar con algún obrero, y a la policía no le costó identificarme. Fui detenido cuando me dirigía a una de esas citas. Los policías me cercaron, intenté huir. Corrí algunos metros y me derribaron de una ráfaga de metralleta. Resulté herido muy gravemente. Me llevaron al hospital y me atendieron. Y desde que salí de la sala de operaciones, fui torturado. La policía se encontraba en el hospital, y en cuanto no había médicos, me interrogaban. Pero era poca cosa comparado con la tortura de los demás...

—¿Tenían tus camaradas y tú una teoría sobre qué actitud adoptar frente a la tortura?

—En nuestra visión idealizada de la lucha revolucionaria, aspirábamos al heroísmo, y nos estimábamos capaces de soportar la tortura sonriendo con ironía a nuestros verdugos. Cuando me enfrenté a la realidad de la tortura, comprendí que la única actitud posible consiste en intentar dar la impresión de que se está moribundo. Es la única táctica. Pensábamos aceptar la muerte sin vacilar. Es falso. Se vacila.

—¿Y fuiste a la cárcel?

—Estuve siete meses. Salí gracias al secuestro del embajador alemán Von Holleben.

—¿Sufriste mucho en la cárcel?

—Sí.

—¿Pensaste que no te salvarías?

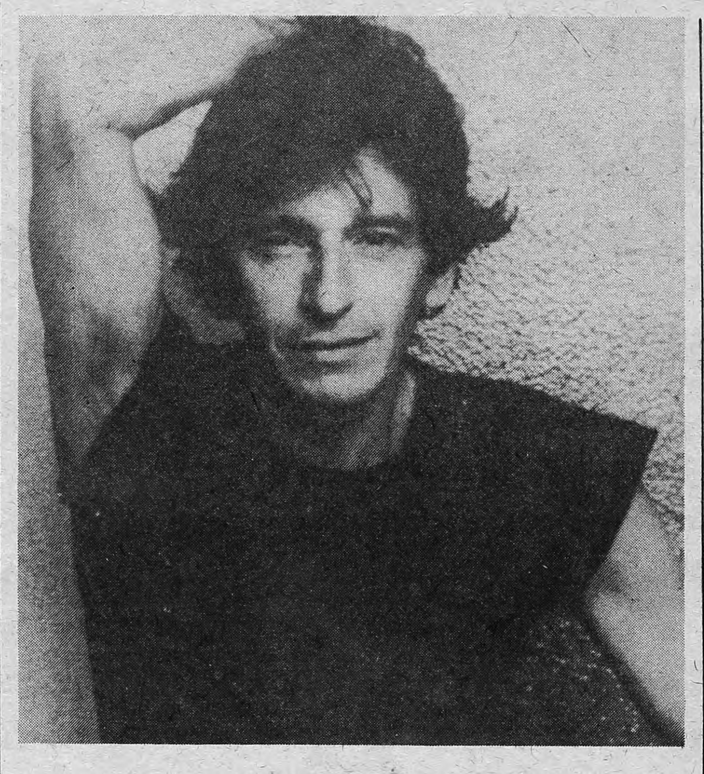
—Sí, lo pensé algunas veces. Pero sabía que mis camaradas, en el exterior, preparaban secuestros para liberarnos. Eso era reconfortante. Supe la fecha de mi liberación cuando unos camaradas vinieron a decirme adiós, sabiendo ya que iba a ser exiliado. Así me enteré de que un diplomático había sido secuestrado.

—¿Qué sentiste al salir de la cárcel?

—Los guardianes nos hicieron creer que estábamos condenados a muerte, y que nos llevaban al lugar de la ejecución. Pero yo sabía que era falso.

—¿Y en el avión que te conducía a Argelia?

—Imagínate qué felicidad..., aquello era el delirio.



—Cuando saliste de Brasil eras marxista...

—Sí, pero había comprendido que la explicación marxista encajaba mal con la realidad latinoamericana. Marx no pudo tener en cuenta la existencia del problema de los negros y el problema de los indios. Ignoraba las cuestiones ecológicas y no consideró para nada el problema de las mujeres.

—Ahora, muy a menudo abordas el problema de las relaciones hombre/mujer. ¿Quizá consideras que la evolución en este campo es una de las formas más eficaces para mejorar las relaciones sociales en tu país?

—A menudo hablo de ello porque noté que este tema suscitaba un gran interés en cuanto lo abordaba. La mentalidad machista que sigue predominando en las sociedades latinoamericanas es una de las causas profundas de la tolerancia del pueblo con respecto a los poderes totalitarios. Existe una complicidad inconsciente entre el pueblo y los dictadores pues la gente está acostumbrada, desde la infancia, a someterse a la autoridad del padre. Brasil es un país donde se pega a las mujeres infieles. No se trata de subestimar las causas económicas y sociales que favorecen, en nuestro país, la toma del poder por las dictaduras militares. Pero es indiscutible que rompiendo con el machismo dominante pueden nacer tipos de comportamiento que impidan el retorno de esta forma de poder. El principio de la dictadura se disimula bajo múltiples centros de poderes microscópicos, por todas partes de la sociedad. Hay un pequeño dictador que dormita en los padres, en los maridos, los profesores, los funcionarios, y todos estos pequeños mecanismos bloqueados son los que impiden el funcionamiento de la democracia.

—¿Crees que un régimen de democracia parlamentaria puede implantarse en un país del Tercer Mundo como Brasil?

—No sé en los demás países, pero en Brasil un régimen semejante puede cohabitar con diversos tipos de acciones extraparlamentarias, y crear las condiciones de acceso a una sociedad más justa. La democracia parlamentaria será aceptada por el pueblo brasileño. Pero más difícil resultará enseñarle la democracia en casa, en el lugar de trabajo, en las escuelas.

—¿Y crees que la regresión del machismo ayudará al advenimiento de esa nueva sociedad?

—Las mujeres construirán el nuevo Brasil. Son mayoría en nuestro país y cada día más numerosas en las universidades y en las unidades de producción. Representan el nuevo Brasil...

—En tu libro decías que ustedes, los guerrilleros, eran extraterrestres.

—Más bien cosmonautas. Un chofer de taxi me dijo un día: «Para mí, sois como cosmonautas, y os admiro porque, como ellos, habéis hecho cosas que yo no hubiera tenido el valor de hacer, que ni siquiera hubiera soñado hacer, como subir a la Luna o secuestrar a un embajador..., pero era preciso que alguien lo hiciera». Entonces comprendí nuestro error. Si estábamos tan lejos de la Tierra como los cosmonautas, nos habíamos equivocado. Permanecíamos a cien mil leguas del hombre de la calle y de sus preocupaciones. ¡Sólo éramos un espectáculo más!

EL HECHO

C*ómo ocurrió concretamente el hecho?*

—Bueno, yo le voy a contar exactamente cómo pasó. Ese día el patrón me había mandado tres medias reses de ciento setenta kilos. Así me dicen los muchachos que bajaron la carne: "Mirá, ahora te mandamos tres medias grandes y podridas. Cuando no haya gente en la carnicería las vamos a bajar y vos las metés rápido, directamente en la heladera". Así fue. Cuando se fue la gente descargamos y las pusimos adentro; tenían un olor insoportable. Pero bueno, las ponemos adentro de la heladera y ellos me dicen: "Descuartizálas esta noche, porque si la dejás para mañana esto va estar repodrido. ¡Ya están repodridas!". Bueno, así fue. Al otro día yo me levanto a las cuatro de la mañana... Yo era rápido para descuartizar, preparé los tachos con bastante lavandina y después iba largando a los tachos toda esa carne verde, verde, verde. ¡Pero no se podía del olor y eso que lo hice rápido! Hice también quince paquetes, todos de carne bien podrida, con las bolsas de nylon y los iba poniendo adentro. Los ataba bien, para que cuando yo abriera la heladera delante de los clientes no se sienta el olor. Porque a veces abría la heladera con los trozos de carne afuera del nylon y la gente se me iba por el olor que largaba la heladera. Entonces até dentro más o menos quince paquetes, bien atados, en la heladera, en el piso. Como a las once y media de la mañana viene una señora, me tira la carne al mostrador y me dice, muy enojada: "¡Esto está podrido, ni los perros lo comen!". Bueno, entonces yo agarré y le di un pedazo de peceto que estaba más o menos bueno; le di la carne y se fue... Pero estaba tan enojada la señora que me quedé muy remordido. Pero antes... ¡ah, faltaba una cosa! Cuando yo abrí la carnicería ese día había un señor en la puerta; había sido que lo mandaba el patrón para que ayude en la caja. Me dice: "Mirá, Víctor, me mandó don Latuada para que te ayude. Voy a estar solamente ocho días y después me voy, vas a quedar solo otra vez".

—¿Pero no me dijo que la caja la manejaba sólo usted?

—Por eso mismo me malicié que era como desconfianza del patrón. ¡Si yo nunca le toqué un peso! ¡Ni lo haría! (...) A eso de las doce o doce y media llegó el patrón. Tenía un coche Ford Falcon color verde. Se baja, entra. El nunca me saludó a mí, nunca, y lo saluda al Riera, al amigo de él que me mandó a vigilar. Va y abre la heladera y mira el piso y, aunque él ya lo sabía, me dice: "¡Víctor!" Cuando me decía con esa voz, como gritando, yo ya sabía que era para insultarme. Por eso yo nunca quería que me nombre por mi nombre. Yo estaba deshecho por dentro, no hallaba qué hacer, porque él me había dicho en esos días que si yo no vendía la carne me iba a echar de la carnicería y le iba a hacer cualquier cosa a mi familia. Entonces yo, por eso, aguantaba todo. ¡Todo! Yo nunca pensé en pegarle, mire cómo son las cosas: si yo hubiera pensado algo... Pero no, nada, completamente nada.

—¿Nunca sintió ganas de vengarse o de agredirlo?

—¡Al patrón! ¡Nunca, jamás, jamás! Eso es lo que digo yo... ¡cómo puede decidir uno una cosa así en quince segundos! Entonces él va a la heladera, y yo me sentía muy nervioso, pero muy nervioso, ¡y no quería que me nombre! Porque cuando me nombraba, ¡yo ya sabía! Era para putearme, y yo sentía vergüenza. A veces había gente, había clientela, muchas veces me salvó la clientela: una vez había gente y se la agarraron con él, le dice una señora: "¿Por qué le hace a este hombre así?". Entonces el patrón dijo que era porque encontraba un pedazo de carne podrida. Pero, ¡si él la mandaba, él! Entonces, ese día, como le digo, miró adentro de la heladera y me dice "¡Víctor!, ¿y esta carne?" Le digo: "Es la carne que usted me mandó y yo ya corté", y fue allí que cierra fuerte la heladera y se viene al lado de la caja. La caja estaba, por ejemplo, así. Y él se pone ahí, muy cerca de los cuchillos del trabajo, que eran todos muy afilados y muy buenos, y ahí me dice de vuelta: "¡Víctor!". Y ahí nomás le empecé a dar. Se ve que agarré el cuchillo... ¡Y le di! ¡Le di, le di, le di, le di! El caminó como pudo para afuera, y tropezó y cayó boca arriba, y me le fui encima y le di las dos definitivas, acá y ahí. Y quedó ahí, nomás.

—Es decir que Latuada, ya herido, intentó salir del negocio...

—Salió del negocio. No sé si... Porque siempre andaba con armas, con un revólver. Yo creo que él, al sentirse herido, iba a buscarlo, fue hacia el coche a traer el revólver. Eso no lo sé yo, no lo sé, pero eso creo yo. Ahora, al cuchillo yo después lo vi en el mostrador. Y hasta ahora no sé, no sé si me lo agarró la policía, el policía que apareció allí o fui yo mismo que lo volví al mostrador. ¡Eso no lo sé! Me acuerdo bien que el policía me hizo poner contra la pared hasta que llegaron los patrulleros... Eso me acuerdo. Pero no recuerdo dos cosas, sólo dos cosas: cuándo fue que agarré el cuchillo y cuándo lo dejé después en el mostrador. Hasta el día de hoy, aunque hago y hago memoria, no sé.

—¿Cuántas puñaladas le dio?

—Bueno, según dicen, que estaba en el diario... yo no me acuerdo. Catorce, dicen que catorce. Afuera, en la vereda, fueron dos... y ahí terminó. Entonces el policía me dijo: "Vení, Víctor", me puso contra la pared con las esposas hasta que vino el patrullero y después me llevaron a la comisaría.

—Cuando se vio preso, ¿se puso a pensar en lo ocurrido?

—A pensar, sí. Pensé. Pensé mucho... yo siempre pienso mucho. Yo pensaba en los chicos y en mi mujer. Sí que pensaba mucho en ellos, y me encontraba muy, muy arrepentido. Se imagina, doctor... ¡matar al patrón!

—¿Arrepentido por sus hijos y su mujer?

—¡Por mis chicos y mi señora, sí señor! ¡Qué pensarían ellos cuando lo iban a saber! Yo pensaba que se iban a quedar solos y que yo no iba a salir nunca más del encierro; porque el patrón era muy poderoso, tenía plata, él tenía plata y cuñas y amigos en la Casa Rosada. ¡Yo no tenía nada! Yo me encontraba solo, me decía: "No salgo más, no salgo más". Tan es así que yo quise suicidarme cuando me vi en el calabozo. Hice un intento así: subí a una cama y me largué bien de cabeza, con la cabeza así.*

(...) Mire, yo... yo no tenía salida. Al decirme el patrón que yo tenía que venderle todo, ¡los quinientos kilos...! Aparte, yo ya no podía más, ya sabía que no podía. El me dijo que si yo no le vendía, no me pagaba tampoco, que me iba a echar, y decía: "Te voy a hacer a vos y a tu familia lo que se me dé la gana. Tengo amigos que te van a hacer boleta". ¡Cualquier desgracia nos podía pasar! Pero nunca pensé, le juro... yo nunca pensé... Fue esa cosa cuando me dijo: "¡Víctor!". Por eso. Yo nunca quise que me nombre. Porque todas las veces que me nombraba, en los diecisiete años, ¡todas, todas las veces! , era para putearme. Y así siempre, siempre. Era como un tajo que yo tenía, que se volvía a abrir cuando él me nombraba. ¡Yo no quería que me diga el nombre! Nunca me saludó, nunca quiso conversar tampoco y, si alguna rara vez conversó conmigo, fue para aborrecerme, para mofarse de mí, pero nunca para conversar.

Era mediodía y yo, en ese momento... Cuando lo pienso ahora, creo que me agarró como una... como si yo hubiera estado dormido y hubiese despertado. ¡Así me encontré yo! Tan es así que el cuchillo, ¡yo no sé si el cuchillo me lo agarró el policía o qué! A lo mejor lo puse yo en el mostrador, pero la verdad no me acuerdo. Yo lo vi después en el mostrador, al lado de los otros dos. Lo que me acuerdo, sí, es cuando me dijo que me ponga en la pared, el policía me dijo. Entonces me puse. ¡Ahí me desperté!

No sé cómo pasó. Pero después yo lo quería matar, porque si él..., si yo lo dejaba vivo, seguro que él me iba a matar, a mí y a toda mi familia, a los chicos. ¡Ahí yo quise matarlo! Tan es así que, cuando cayó, yo le di dos más. Yo, yo, como le digo, a él, al patrón, jamás pensé en matarlo, pero él me ha puesto en una tal situación que no podía salir. Yo he pensado mucho, muy mucho... He pensado que era como un destino mío a cumplir. Yo me decía, antes de esto: "Si no le vendo carne no me va a hacer nada. No me pagará y nada más". Pero yo necesitaba vivir, aunque sea algo, unos pesitos, para darle a mi señora por lo menos. ¡Y yo no tenía nada! Quería alquilar para que no anden por ahí rodando los chicos, la mía y los de mi señora, que son como míos, porque nos queremos mucho. Y, bueno, fue así. Cuando él llegó se bajó del coche y entra y saluda al Riera ése... Y a mí nunca me saludó, para resentirme más, sería. ¡Y se va derecho a abrir la heladera! ¡Yo jamás, pero jamás, pensé en tocarlo, en pegarle! ¡Nada, nada de eso! Fue de golpe, cuando me dijo: "¡Víctor!". Me puse... Yo no quería que me nombre.

** En el expediente figura tal intento y las lesiones sufridas. Estando en el calabozo, incomunicado, Víctor golpeó varias veces su cabeza contra la pared y luego se arrojó desde la parte superior de una cama litera, produciéndose un desmayo y lesiones en la cabeza y en la frente, que luego fueron constatadas por los médicos forenses. (N. del A.)*

CARNE PODRIDA

Y *dónde compraba su patrón la carne podrida?*

—¡Ah! Yo no sé dónde la compraría. Bueno... eso hay en todos lados. Actualmente las carnicerías trabajan así, todas las carnicerías que venden barato hacen ese trabajo. Igual con los pollos. Para los pollos vienen partidas, por ejemplo, de doscientos cajones de pollos, habrá cien buenos y los otros cien podridos. Entonces hacen precio y barren con todo. Yo tenía que lavarlos con lavandina.

En esos tachos con lavandina se los dejaba para el otro día a los pollos podridos. Al otro día yo me tenía que levantar bien temprano, lavarlos con agua y pasarlos después por agua y pimienta y colgarlos de un ala en la heladera, cosa que se escurran bien. ¡Y ni se siente el olor, a pesar de estar bien podridos! Ese trabajo es así...

—¿Y con la carne?

—Con la carne es lo mismo, porque se la lava bien con lavandina y se cuelga afuera para que se escurra bien. Después con un trapo se la seca un poco y se la pone en el piso de la heladera, cosa que agarre mucho frío. Y, cuando viene la gente... Ese trabajo se llama "trabajar con la heladera". Quiere decir que, cuando viene la gente, la clientela, yo me voy a la heladera, agarro un pedazo de carne que me piden y lo doy al cliente. Pero en vez de dejar en el mostrador lo que queda, lo vuelvo a poner rápido en la heladera. Si lo dejo en el mostrador, a la media hora ya no se puede aguantar más el olor. No se trabaja con el mostrador, no hay carne allí para ser vista por el cliente; se trabaja con la heladera.

—¿Quién le ordenó a usted hacer ese trabajo?

—Y él, el patrón don Latuada, y yo tenía que hacerlo porque ya tenía mis años y no podía ir a trabajar a otro lado. Al principio no me fui porque el patrón me ofertó una casa, y yo esa casa la seguí buscando siempre. El patrón la había ofertado. El lo dijo: "Yo esa casa te la voy a comprar porque vos te la merecés". Pero después, al final, no pasó nada, la casa no me la dio nunca, pero me la ofertaba siempre.

(...). Yo creo que él prometía para hacerme trabajar más. Pero eso yo lo pensé ahora, después. Siempre me decía: "Ahora a fin de año tenés cien mil pesos", de cuando la plata valía; pero jamás me dio nada... El patrón allá, en Santiago del Estero, nunca engaña y eso el peón lo sabe, por eso no necesita pensar solo y es bien fiel (...)

Yo le creía pero se ve que era para hacerme trabajar, no sé. Tal es así que a veces, muy pocas veces, me dejaba retirar un poco de carne, un kilo o un kilo y medio ¡y yo trabajaba con toda mi familia!

—¿De carne buena?

—Sí, buena, de las medias reses buenas. Mi nena, la que actualmente tiene veintiún años, en ese tiempo tenía ocho años y ella, para ayudarme a cargar, se ponía contra el pechito los bifes congelados y los llevaba; y así se quedó asmática. Y la otra, la que tiene trece, quedó tartamuda.

—¿Tartamuda?

—Sí, tartamuda, sí. Porque el patrón, hecho una furia, como siempre estaba, entraba en la pieza y la nena se asustaba. ¡Le tenían miedo los chicos, pero ella mucho más!

—Y los grandes parece que también.

—Sí, yo también, pero yo no lo quise decir, porque si tengo que decir todo... ¡Es una barbaridad lo que hizo a las nenas! El iba, por ejemplo, a la pieza, se metía de prepo y enseguida me puteaba. Entonces los chicos se disparaban y la chica, la que está asmática... Porque yo no tenía tiempo de hacer, yo era solo, tenía que cortar la carne, atender el mostrador, hacía de cajero, lavaba la carnicería y a veces, para tenerlo contento, la pintaba. Además tenía que lavar la carne... y no hacía tiempo. ¡Eso de lavar la carne era de todos los días, de todos los días, de todos los días por el olor! ¡De mañana, de tarde, de noche hasta cualquier hora! Y no hacía tiempo. Era carne podrida, que si hubiera sido buena era otra cosa. Si yo no hacía ese trabajo o no alcanzaba, cuando el patrón venía se la agarraba conmigo. Yo, de cualquier manera entonces, trataba de hacer todo, siempre, siempre, pero me sentía como verdugueado y usado como al patrón se le daba la gana.

—¿Y si los clientes se intoxicaban?

—Muchos clientes devolvían la carne, pero otros no. Pero al patrón la gente no le importaba nada... No le interesaba la gente. Venían los inspectores cuando le clausuraban y le bajaban la cortina, le ponían los papeles y le clausuraban, y después él agarraba y abría la carnicería; rompía los papeles y listo. Siempre hizo así. Le clausuraban y entonces yo ya sabía: lo llamaba por teléfono a la Casa Rosada.

—¿A la Casa de Gobierno?

—Sí, el patrón tenía dos teléfonos en la Rosada. ¿No le digo que entraba y salía y conocía muy muchos militares? Y tenía carácter como de militar.

—¿Usted tenía en ese entonces plena conciencia de que vendía carne podrida? ¿Qué sentía ante eso?

—Claro, sí, sí. Yo... yo le decía a mi señora y a los chicos, ¡porque me daba un no sé qué por dentro! Pero, si fuera eso nomás. Yo les decía que si gano más sueldo tiro la carne mala, y pongo de mi bolsillo la plata que vale. Eso decía yo, siempre decía lo mismo. Pero era tanta cantidad, tanta cantidad y yo no ganaba tanto sueldo, yo ganaba muy poco y por eso tenía que vender esa carne mala. ¡Es lo más feo que puede haber! Así, cuando venía una señora y pedía un churrasquito para el nene, yo no sabía qué hacer y me desesperaba. Buscaba de darle de algún lado que... Porque alguna vez me pasó que vendía carne picada y vino una señora a decirme que le había agarrado diarrea a toda la familia. Ya sabía yo eso, pero no tenía otro remedio. No había día en que no se quejara alguien: cuatro, cinco personas, siempre. Yo les daba otra carne mejor y, cuando se iban, agarraba ésa que traían de vuelta, la picaba bien y rápido, porque así me mandaba el patrón. Un día, un agente de la comisaría cuarenta, que está en Rodó, cerca de Tellier, me dijo que en otra carnicería del patrón, en la calle Olivera, se vendía también carne podrida. Y me dice el policía: "Si allá también, justamente hoy, fueron a devolver como cinco kilos de carne podrida. Toda verde. Podrida. Pero tu patrón tiene mucha palanca con los milicos", dice, "no lo podemos voltear, nosotros".

Carne fresca



Doctor X

UNA MUERTE A PEDIDO

Y *sus hijas ayudaban?*

—Ellas me ayudaban y a veces también mi mujer, para que yo pudiera llegar a hacer todo. Pero las chicas siempre ayudaban porque yo no podía hacer todo. No era tanto el trabajo, lo que era, era la limpieza que había que hacer, lavar toda la carne todos los días, eso era el trabajo que había.

—¿El señor Latuada tenía a sus chicas como empleadas también?

—No, es que ellas ayudaban al verme así.

—Y si él le hubiese pedido, ¿usted habría aceptado que ellas trabajasen allí?

—Y... eso no sé. Es que en Santiago del Estero, el patrón de uno, el patrón... ¡dirige bien! Me acuerdo, por ejemplo, me acuerdo que viene al rancherío pero respetando y dice, un ejemplo: "Mirá, Sindulfio", o: "Mirá, Timoteo, yo tengo un hijo chico y necesito llevarte una hija que me lo cuide al chico". "Sí, patrón", decimos nosotros, "yo tengo a la María, la Loreta, la Timotea, usted elija, ¿qué edad quiere? ¿De nueve, de diez para que se acostumbre a la casa?" Entonces el peón le da la hija con papeles y todo.

—¿Y puede entregarle varias hijas, dos, tres?

—Claro, porque es como si se las entregara..., no sé, ¡al padre! Y así las llevan para servir en Buenos Aires a veces; ¡cómo no va a confiar!

—Pero puede que no la vean después en años.

—Y, sí... ¡o nunca más! Pero eso no importa.

—Y las chicas, ¿qué dicen en esos casos?

—Las chicas nada, qué van a decir. Ellas buscan la sumisión que ya traen.

—¿A qué hora se levantaba para trabajar en la carnicería?

—Yo muchas veces a las tres de la mañana. ¡Y tantas veces no dormí y me amanecía! Cuando mandaban mucha faena me quedaba yo y se quedaba mi señora hasta el otro día, porque muchas veces aparte de mandar carne podrida, mandaban carne de decomiso (...)

Yo siempre me sentía un dolor adentro, ¡un gran dolor, dolor, dolor! Pero yo me decía, como me decía mi señora: "¡Dios tiene que castigarlo! ¡Dios tiene que castigarlo porque él no es ningún Dios!". Yo nunca vi, nunca había tenido un patrón así. A veces yo no tenía ganas de trabajar. Veía a la gente muy buena, alguno que otro muy pobre que venían a comprar un pedacito de carne, un pedacito... Eran todos humanitarios, ¡por qué tenía yo que hacerles eso! Porque el patrón me mandaba. Yo le decía muchas veces esto que le cuento y el patrón me decía: "Vos tenés que venderme todo, si no no te pago. ¡No te pago, entendés!". Y así... Entonces empezaba a insultarme. Y yo no podía decirle nada. Yo trataba por todos los medios de hacer las cosas mejores, pero por dentro estaba deshecho. El había echado a mi señora de su casa, donde ella trabajaba. La echó por su ocurrencia, sin ninguna razón. Ella iba a trabajarle a eso de las ocho, y algunas veces estaba a las seis o siete de la tarde de vuelta en casa. Y ella es bien guapa, como quien dice. Iba a trabajar allí, tenían tres terrazas, y la dejaban encerrada; baldeaba todo, enceraba, limpiaba los vidrios, lavaba, y a la nochecita ya se volvía, y todavía llegaba y me ayudaba con la carne podrida. Todos nosotros ayudábamos.

—¿Y en un espacio tan reducido como el que tenía usted en la carnicería, podía vivir con toda la familia?

—Es que el patrón odiaba a mi señora. ¡La echó! Mi señora tenía que andar por ahí porque él después no permitió más que ella esté. La echó varias veces, dijo: "No vaya a ser que esa negra se aparezca por acá". Así le decía, "esa negra". No sé... el patrón la odiaba, pero no sé por qué... Ella le hacía de todo y es analfabeta, pero ella es buenita y muy trabajadora es. El me decía: "Si veo por acá a esa negra que es mujer tuya, la echo a patadas y te voy a echar a vos con toda tu familia". No quería para nada que estuviéramos juntos allí. Los días sábados era un infierno en la casa porque cuando le iba a entregar el promedio de la venta de los días, ¡allí le agarraba! Decía de todo: "¿Por qué no vendiste? ¿Por qué me robaste?". Yo vivía temblando los días sábados, porque el patrón venía muy nervioso, a gritar, a insultar, se la agarraba con todos.

—Una vez más le pregunto, ¿por qué no se iban?

—¡Y si no teníamos dónde ir! Aparte, le digo que hacía ya muchos años que estaba con él, y con mi edad y los chicos ¿a dónde íbamos a ir? Todo por eso. ¡No es fácil, no es fácil! Además, esperábamos. Esperábamos, teníamos confianza en Dios, que las cosas mejoren. El patrón seguía siempre prometiendo la casa, que iba a pagar bien, que iba a aumentar, que iba a dar plata. Y cada año me prometía que me iba a dar casa. Y yo no tenía salario, no tenía vacaciones ni aumento ni nada, sólo un sueldo que no alcanzaba ni para comprar... El era muy rabioso; ¿no le digo que siempre me amenazaba? Vivía, al final, amenazándome a cada momento.

Yo, una vez que me puse a tomar mate con mi señora, le decía: "Vos sabés que él casa no me da, que él plata no me da, que me oferta todo y me engaña; ni plata ni vivienda nunca me dio". Entonces fui y lo busqué para que me diera para alquilar, para estar todos juntos, y él me dijo: "Otro día, pasado mañana, que hoy ando mal". Y fui pasado mañana y me dijo que él no había dicho eso, y siempre así. Yo le decía a mi señora: "¿Viste vos las cosas que él me hace, vos sabés que a veces no duermo por todas las cosas que él me hace, como trabajar la carne podrida ésa los pollos podridos?, ¿por qué será?", le digo, "¿será que nosotros tenemos un castigo de Dios?". Y mi señora me decía si yo creo que me va a dar la casa. "Pero", le digo, "cómo no me va a dar la casa esa que me ofertó, si nosotros trabajamos todos: las nenas, el pibe, vos, yo. Y él tendría que tener dos personas más para cumplir con todo el negocio", le digo. Eso se lo ahorrábamos nosotros de sueldo. Yo estaba como comido por dentro y pensaba y pensaba, y le decía a mi señora: "¡Es como si él me estaría preparando para que yo le hiciera algo! ¿O no viste que me tiene acorralado? Cada vez me manda carne más pesada y más podrida, me manda pollo podrido, me obliga a que le rinda el trabajo y que le dé la plata de esa carne verde". Y ella me decía que yo tengo que buscar la forma de salirme porque algo malo iba a pasar al fin. "Yo no puedo salir a esta altura", le decía, "ya tengo sesenta años. En otro lado no me van a tomar, soy ya viejo y soy inapto". Y además, toda la vida, casi toda la vida, había trabajado con él y él me debía mucha plata, sacrificio de mi mujer, de los chicos y de mí. Y, usted lo sabe, a lo último, me hacía dormir en el suelo. Yo le pedía plata para comprar una colcha, que hacía frío, y él me decía que andaba mal. Si le pedía para alquilar, me decía que no tenía, que después, y siempre me descontaba para la casa que me iba a regalar y me descontaba también el precio de un kilo de carne. ¡Eso me hizo siempre! Amenazándome, el último tiempo más y más: que si yo le dejaba el trabajo me iba a matar, que si yo le daba problemas me iba a echar. ¡Yo no sabía ya más qué hacer! ¡No sabía más qué hacer! El se creía advertido pero yerró... Por eso, digo yo, a lo último es como si me hubiese acorralado él. Sabía que yo dormía en el suelo y que no tenía nada después de tantos años de trabajar como un buey, que mi señora andaba en la villa y no tenía tampoco nada. Carne podrida, durmiento en el suelo, sin un peso, lleno de granos en las piernas y también en la ingle: ¡se me iba uno y venía otro! Debía caminar para llevarle la plata con frío, calor, lluvia, porque ni un colectivo podía tomar. Bueno, con todo eso estaba yo muy remordido de adentro, con tanto dolor. Ese día, el día que pasó eso, me manda quinientos kilos de carne podrida y me manda un cajero, Riera, porque desconfía de mí o para alcahuetear, porque no sé lo que podría decirle. ¡Y yo por un lado y mi señora por otro lado! ¡Yo me encontraba perdido y muy, muy nervioso, porque temía que me echara, me iba a sacar de ahí y no me iba a pagar! Por eso pienso yo que, lo que pasó, es como si él me hubiese preparado para que yo le haga eso (...)


Claudio Isarualde

RAUL SENDIC

"PROPONEMOS LA FORMACION DE UN FRENTE GRANDE"

Por Diana Cardozo

Raúl Sendic, fundador y líder del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros —el grupo que inauguró la guerrilla urbana en este continente— es hoy, con 62 años, un hombre de pelo blanco y cuerpo macizo. De su historia de guerrillero, con ocho años de clandestinidad y trece de cárcel, se perciben claras huellas. Una marcada dificultad en el habla, producto del último enfrentamiento en el que recibió un disparo en pleno rostro, y la incipiente renguera heredada de la tortura. De joven militó en el Partido Socialista y estudió Derecho. Cuando la década del '50 expiraba, se fue al litoral a organizar gremialmente a los trabajadores rurales. En Paysandú fundó el Sindicato Unico de Obreros Rurales y en Artigas la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). Finalmente, en 1962, llegaría la formación del MLN-T que en su programa de presentación decía: "Los Tupamaros, continuadores históricos del ideario artiguista, luchamos por la liberación nacional y el socialismo, hacia una sociedad sin explotados ni explotadores". Sendic recibió a **Página/12** en la Casa de los Tupamaros del barrio Sur de Montevideo, una antigua construcción con patio y parral equipado con modernas computadoras, biblioteca y un completo archivo de publicaciones.

—Tras la liberación en marzo de 1985, los tupamaros se abocan a un proceso de discusión interna. ¿Qué aspectos abarcó esa autocrítica?

—Hicimos un severo análisis, una unificación de tendencias y la autocrítica que aunque fue muy extensa se podría sintetizar en unos pocos párrafos. Hemos cometido errores como priorizar demasiado en el pasado una sola forma de lucha: la lucha armada. No tuvimos suficiente inserción en las masas, en sus organizaciones naturales como el movimiento sindical. Nos planteamos una guerrilla demasiado aislada sin la participación de otros sectores del pueblo que eran simpatizantes del movimiento, para dar una idea de ello basta recordar que hubo 7 mil presos durante la dictadura.

—También se ha cuestionado desde otros sectores cierto apresuramiento con planteos que la sociedad en ese momento no visualizaba cabalmente.

—En realidad no estábamos solos, Francia tuvo un Mayo del '68 que repercutió en todo el mundo, estaban muy frescas las luchas de los pueblos argelino y cubano, en toda Latinoamérica había un rebrote de los movimientos populares. La década del '60 fue bastante diferente a la actual, con mucha rebeldía por un lado y mucho susto por otro. El ascenso de las masas era un hecho objetivo en el continente que amenazaba el sistema, por lo que fue detenido con el avance posterior de las fuerzas militares. A mediados de la década del '60 ya estaba diseñada la estrategia del imperialismo para esta zona, por eso nos preparamos y tomamos una actitud defensiva ante un ataque al que juzgábamos inminente.

—¿Cómo se inserta el MLN en esta nueva etapa de vida legal?

—En la III Convención Nacional de los Tupamaros se decidió unánimemente desarrollar nuestra actividad en esta instancia en el marco de la legalidad y no incurrir en ningún tipo de actitud que pueda ser manejada para que los enemigos del pueblo desaten sobre él la violencia. En cuanto a nuestro trabajo, continuamos con el Movimiento por la Tierra, instrumentado ahora en forma de cooperativas agrarias dirigidas al pequeño productor y al asalariado rural. Esto abarca ligas de tecnología, de producción, ligas médicas; tenemos granjas experimentales donde ya está funcionando este sistema. A esta altura del siglo, la tercera parte del Uruguay sigue en manos de menos de mil establecimientos latifundistas. Esas estancias están prácticamente despobladas y como allí no hay votos la generalidad de los políticos le dan la espalda. Proponemos la nacionalización y el reparto de las tierras que actualmente están en poder de la banca y en manos extranjeras. El trabajo en los sindicatos es otra prioridad del MLN, se ha hecho un intenso trabajo a nivel de bases y en este momento estamos entre las primeras fuerzas en sindicatos importantes como el del puerto, FUNSA (fábrica de neumáticos) y en el transporte.

—En cuanto a la estrategia política ustedes proponen la formación de un Frente Grande cuando la izquierda uruguaya hace ya 17 años está agrupada en el Frente Amplio.

—Durante la dictadura lo que existía era un Frente Grande que los políticos por intereses sectoriales luego se encargaron de dividirlo en tajadas. Cuando los familiares de detenidos-desaparecidos lanzaron la idea del referéndum, nuevamente quedó visualizado el tema, ya que lo apoyaron no sólo las corrientes del Frente Amplio, sino también un gran sector del Partido Nacional, el Movimiento de Rocha, una pequeña fracción del Partido Colorado (gubernamental), el MLN y otros grupos de izquierda que están fuera del Frente Amplio. Las fuerzas reaccionarias esperan su oportunidad para volver, y no dudarán a emplear la fuerza y la violencia cuando peligren sus intereses. En ese momento será necesario que el pueblo esté unido por encima de las actuales diferencias partidarias en un gran frente antidictatorial. Proponemos la formación de un frente sin exclusiones como una solución posible a mediano plazo, con una plataforma de tipo nacionalista que incluya el no pago de la deuda externa, el reparto de la tierra, la reestructuración del sistema financiero —totalmente especulativo en este momento—, la recuperación del salario, termine con la fuga de capitales y haga una depuración en el ejército. El problema del Frente Amplio es que es una coalición eminentemente montevideana, que en dos elecciones bastante separadas en el tiempo no ha podido superar el 10 por ciento de los votos en el interior. Creemos que si no se hace una alianza con otros sectores esta situación no se va a revertir.

—El referéndum es un tema "bisagra", los militares han dicho en reiteradas oportunidades que no se presentarán ante una eventual citación de la justicia. ¿Cómo ve el futuro en este terreno?

—Lo que se puede decir es qué pasa cuando hay impunidad y se traiciona la voluntad popular, el caso argentino es muy elocuente al respecto y debe alertarnos. Los golpistas, los genocidas sin parangón en América, no sólo no se conforman con no pagar sus actos de delincuencia, sino que cada vez exigen más. Mantenerlos dentro de los cuarteles es un riesgo que no puede correr ninguna democracia, porque como quedó demostrado en enero, éstos saltan de una unidad a otra con una facilidad que nos deja pasmados. Entonces hay un estado que difícilmente se pueda tomar como estado de derecho y eso es el resultado de la impunidad.

—El gran problema es encontrar las vías para democratizar a las fuerzas armadas.

—Se trata simplemente de limpiarlas de golpistas, de hecho la depuración se hizo al revés, los militares legalistas, demócratas, progresistas fueron dados de baja o trasladados a las oficinas y en los mandos quedaron los golpistas. Estuve trece años preso, conozco los cuarteles de cerca y puedo decir que estos militares sólo tienen el respaldo de algunos oficiales pero carecen de apoyo en la tropa, que de hecho los odia y no se siente parte integrante de su filosofía. La Doctrina de la Seguridad Nacional es una más de las tantas a las que adhieren sectores del ejército, pero ésta no ha llegado a la médula de esa fuerza ni mucho menos. No podemos decir que los ejércitos estén hechos a la medida de la Doctrina de la Seguridad Nacional porque mentiríamos. Lo que sucede es que dentro de la oficialidad hay gente que ya probó el poder y está para volver, ya sea por ambiciones personales, por intereses de clase y demás, pero esas ambiciones no coinciden con las de la enorme mayoría del ejército. Por algo hubo un Perón en Argentina, un Seregni acá, un Torrijos en Panamá, o un Gadafi en Libia. No podemos despacharnos entonces con que todo ejército es derechista por naturaleza.

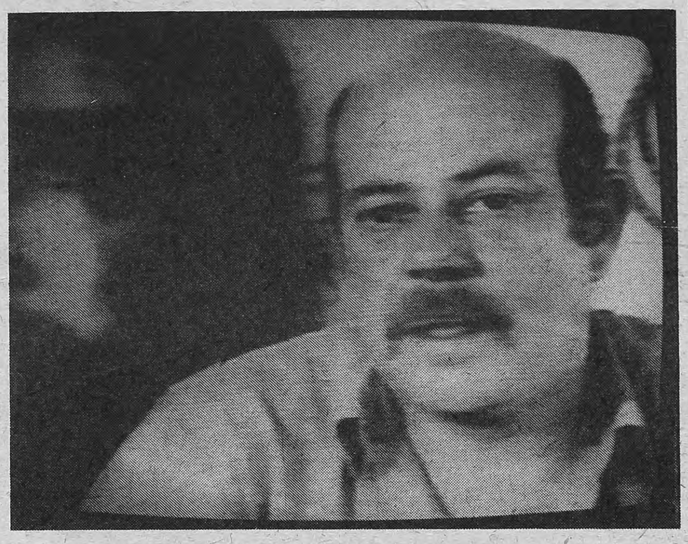
—¿Cómo caracteriza al actual gobierno de Julio María Sanguinetti?

—Realmente es difícil encontrar un elenco gobernante tan comprometido con el capital financiero como éste. Todos los funcionarios y el mismo Sanguinetti han sido asesores o participan actualmente en grandes empresas multinacionales y de hecho están gobernando para ese sector. En esa vía entra la modernización, que en Uruguay significa privatizar y hacer entrar a grandes capitales extranjeros. Es una apuesta sin condiciones al capital extranjero, cuando la experiencia en el mundo muestra que es posible la modernización reteniendo para el Estado el monopolio de las entidades públicas. En el Uruguay el Estado ha expropiado, no voluntariamente, sino por las deudas que contrajeron los grandes latifundistas con la banca privada. Por lo que se llamó "el negociado de las carteras incobrables" la banca privada consiguió transferir esas deudas al Banco Central. Todo lo que se llame deuda incobrable en este país la tiene el Estado, esto es trágico pero a su vez tiene un lado positivo, ya que no se necesita expropiar porque ya se lo ha hecho. Frente a esto nos encontramos con un gobierno de mentalidad privatista al que le caen como "peludo de regalo" 700 mil hectáreas. Hace tres años que no sabe qué hacer con ellas, ni ejecuta, ni las coloniza, sólo las ofrece a través de las embajadas. Entonces viene un belga, un norteamericano o un inglés, paga en el banco y se queda con un pedazo del país.

—Eso se asemeja bastante a lo que, en su momento, fue la colonización de la Patagonia argentina.

—Exactamente, y en una de ésas también puede haber una Patagonia rebelde.

ENRIQUE GORRIARAN MERLO



"NO ERAMOS UNOS AVENTUREROS IRREFLEXIVOS"

Fue uno de los máximos dirigentes del Partido Revolucionario de los Trabajadores y en su calidad de tal jugó un papel destacado en la etapa de la lucha armada en la Argentina. Ese papel le valió ser procesado por el decreto ley 157/83 del Poder Ejecutivo nacional.
La entrevista realizada por Samuel Blixen que **Página/12** reproduce a continuación, en calidad de adelanto, es un fragmento del libro *30 años de lucha popular: Conversaciones con Enrique Gorriarán Merlo*, que Editorial Contrapunto publicará próximamente.

Quería empezar con el tema de la autocrítica de la lucha armada que usted hizo hace cuatro años. En un reportaje concedido en aquel momento usted planteó que era necesario que los antiguos revolucionarios se volcaran a la acción democrática. La derecha sostiene que el suyo es un planteo "diabólico", que perseguiría los mismos objetivos aunque por otros medios.

—Sí, hagámoslo, pero con una aclaración previa. Yo hablo fundamentalmente a partir de mi propia experiencia en el PRT-ERP. Claro, algunas cosas de las que digo seguramente tratarán problemas que fueron comunes a todo el movimiento revolucionario de cualquier organización que fuera.

En ese sentido, algunas apreciaciones pueden tener un alcance de tipo general cuando se trata de cuestiones comunes a toda la generación que luchó en los años '60 y '70. Pero en cuanto a la evaluación específica de cada organización, tiene que ser hecha por quienes las integraron. Naturalmente, cada cual carga con sus aciertos y errores y con las consecuencias de lo que hizo o impulsó.

Me parece necesario, en primer lugar, precisarle que yo no hice ninguna autocrítica de la lucha armada en general. Dije que la lucha armada fue justa hasta la caída en 1973 de la dictadura del general Lanusse y que era una parte de la resistencia del pueblo.

Lo que hice en aquella entrevista, fue una autocrítica de la actitud del PRT-ERP frente al gobierno peronista instalado en 1973. Las otras organizaciones revolucionarias, principalmente las peronistas, me parece que en general tuvieron una actitud más acertada en aquel momento. También destaqué el valor que la vida democrática tiene para el pueblo y marqué la necesidad de defender y profundizar la democracia.

En cuanto a la derecha, cuando afirma que hay un proceder diabólico en todas las posiciones revolucionarias, lo único que intenta es ocultar sus verdaderas actividades de conspiración y desestabilización. Desde que subió el actual gobierno, la derecha cometió una serie de atentados y secuestros que pretender debilitar y carcomer al régimen constitucional. En casi todos los casos, en la mayoría, la derecha intentó que sus acciones aparecieran como efectuadas por una supuesta guerrilla de izquierda. La prensa reaccionaria es vocera de esta política de la derecha, que sólo persigue justificar su actividad en contra de la democracia. O sea, que la derecha tiene grupos de acción y propaganda. No se puede quejar la derecha.

En cuanto a los objetivos de lucha de nuestra generación, eran la independencia económica y política para que todos tuviéramos una vida digna. Esos objetivos son más válidos hoy que antes. Nuestra patria es hoy más pobre y más dependiente. En cuanto a los medios, a las vías para lograrlo, los determinan las circunstancias, no la voluntad mía ni de nadie en particular.

—Veamos esto con más detalle: si los objetivos son los mismos, ¿simplemente se trata de lograrlos por otras vías?

—Las vías para lograr esos objetivos no dependen estrictamente del pueblo. Estoy seguro de que todos preferimos que esas vías sean pacíficas, electorales, evolutivas. Lo que puede determinar otra vía es el intento de la derecha de evitar por la fuerza que la democracia sobreviva. En este caso, la respuesta del pueblo puede ser enérgica y quizá violenta. Pienso que cualquier persona con dignidad debe sumarse a esta respuesta.

En la década del '60, quien determinó la necesidad de la vía armada fue fundamentalmente la dictadura implantada el 28 de junio de 1966, además del golpe del '55 contra Perón. El pueblo sólo puso la otra parte, que hizo que existiera la lucha armada. Se decidió a resistir incluso con la lucha armada, y mostró que era digno, que no se arrodillaba ante la fuerza.

Nuestra generación actuó sanamente. No teníamos mucha experiencia política, pero no éramos unos aventureros irreflexivos, como pretende hacernos aparecer la derecha.

Es cierto que nos equivocamos, pero lo hicimos luchando contra unas Fuerzas Armadas genocidas. Otros se equivocaron negociando y comprometiéndose con esas mismas bandas genocidas.

—Hay una duda: ¿hubiera habido autocrítica de no haber habido derrota?

—La autocrítica no está relacionada con el triunfo o la derrota. Es un sinceramiento de los actos realizados por un partido, una organización, o inclusive una persona.

Es un método que sirve para detectar errores y tratar de corregirlos. El objetivo de la autocrítica es hacer las cosas mejor, de manera justa, más eficaz.

Aunque la lucha que se dio a partir del Cordobazo hubiera triunfado, igual hubiera habido autocrítica.

Por ejemplo, cuando yo doy una visión crítica sobre el sectarismo que en algunos aspectos primaba en las organizaciones revolucionarias durante la década pasada, o cuando doy una visión crítica respecto de la postura del PRT-ERP frente al gobierno del '73, lo hago intentando no repetir esos errores, corregirlos. Lo hago con el fin de contribuir a que la lucha por la justicia, por la que dieron su vida heroicamente tantos compañeros, llegue a triunfar. Lo hago para tratar de que el esfuerzo y el sacrificio de tantos compañeros no haya sido en vano.

—Pero la derrota que ustedes sufrieron, ¿no demuestra que estaban equivocados?

—Yo veo el papel de quienes asumimos la lucha armada en las décadas pasadas como formando parte de la lucha de todo el pueblo. Mientras un pueblo no pierde la voluntad de vivir libre, no se puede decir que fue derrotado. No se pueden confundir los golpes a uno o más organizaciones que intentaron contribuir a la liberación de todo un pueblo formando parte de él, con la derrota de ese pueblo. Y si no, miremos la historia, repasémosla.

—¿Cuál es el criterio de verdad?

—El criterio de verdad es la práctica. Y la práctica indica en nuestro caso que luchábamos contra un enemigo que quería implantar por la fuerza un régimen represivo y de miseria, como después ocurrió. O sea que la práctica indica que nuestra lucha era justa. Aquellos objetivos siguen vigentes.

Además, la historia enseña que las causas justas, más tarde o más temprano, triunfan.

—¿Existe alguna diferencia entre ambas violencias, la de los militares y ustedes?

—En primer lugar, nos diferenció lo justo de la causa que defendimos, en contra de la injusticia, la proscripción y la explotación, que era lo que se quería imponer a través de los golpes de Estado y la represión.

En segundo término, a diferencia de las Fuerzas Armadas, nunca utilizamos la tortura ni las desapariciones ni el crimen. Fuimos al enfrentamiento franco y usamos las tácticas universalmente aceptadas para conflictos armados.

En tercer lugar, nos diferenció el origen de nuestras acciones armadas, que empezaron como parte de la resistencia del movimiento popular que había visto morir a hombres y mujeres en manifestaciones pacíficas y desarmadas, torturados en comisarías y cuarteles.

—¿La acción guerrillera tiene márgenes morales? ¿Cuáles son?

—El respeto al enemigo, que redunda en un trato humanitario si es capturado. La solidaridad con los compañeros, tanto en el combate como ante los problemas diarios. El reconocimiento de los errores, aunque sean graves, y puedan perjudicarnos momentáneamente a nosotros.

—Algunos principios se han generalizado en nuestra cultura occidental. Uno es el de no hacer a otros lo que no se quiere que le hagan a uno. Otro parecido es medirse a sí mismo con la misma vara con que se mide a los demás. ¿Estos principios abarcan también a la acción revolucionaria?

—Nosotros medíamos lo que hacíamos con la vara del respeto al ser humano, aunque militarmente esa persona fuera nuestro enemigo.

Pero no era que actuábamos así para que no lo hicieran con nosotros. La prueba está en que igual lo hacían, y nosotros nunca caímos en esa actitud denigrante. Actuábamos así porque teníamos un concepto ético natural. Los militares que ahora dicen lo contario, mienten. Nos calumnian, pero nunca han podido demostrar nada de eso, sencillamente porque ésa fue una actitud generalizada del movimiento revolucionario, que nunca aceptó la tortura ni ningún tipo de vejamen a las personas. Si un día las aceptara, dejaría de ser movimiento revolucionario para transformarse en una organización criminal.

—En la crisis de enero último, ¿el gobierno se debilitó más?

—Después de la crisis militar de enero del '88, el sector aparentemente triunfante, el de Caridi, que no es todavía el definitivamente ganador, comienza a tomar las mismas reivindicaciones del grupo Rico, ahora supuestamente vencido, y a ejercer presión sobre el gobierno de Alfonsín. Caridi intenta cobrar la cuenta por haber "defendido" la democracia. Veremos si el gobierno paga esa cuenta.

—¿Habrá amnistía?

—El presidente Alfonsín ha vuelto a decir que no habrá amnistía. Bueno, ojalá cumpla su palabra. La historia reciente demuestra que, así como antes hablamos de su actitud ante las presiones del FMI, ante las presiones económicas de los monopolios, también ante las presiones militares Alfonsín manifestó que no iba a ceder y terminó concediendo. Así que lamentablemente es probable que esa amnistía se concrete, que los comandantes éstos anden sueltos por la calle, y que yo sea incluido como "beneficiado" por esa amnistía. Desde ya, digo que no aceptaría esa amnistía.

—¿Qué actitud adoptaría usted ante una eventual amnistía que lo incluya junto a los jefes de la dictadura?

—Prefiero vivir clandestino toda la vida, pero que esta gente quede en prisión. Yo creo, yo confío que el pueblo, al final de todo este proceso de lucha —que no sé si será este año, el año que viene o dentro de 10 años— va a lograr la verdadera justicia, la plena democracia. Y ese día reivindicará a quienes lucharon y cayeron por ellas. Ese día la voy a aceptar.

Mientras tanto, lo repito, no voy a aceptar ninguna amnistía, sea dictada por este gobierno o por otro gobierno que no reconozca verdaderamente el valor de quienes lucharon en favor de los intereses populares. Aceptar una amnistía en estas condiciones, junto a los comandantes presos, es poner a mis compañeros que cayeron en la lucha al mismo nivel que estos criminales. Sería traicionar la memoria de los compañeros que dieron su vida. Yo no voy a aceptar eso.